

## Un imponente “Museo de la Ausencia”

Poblado de supervivientes, evocador de tesoros desaparecidos y naufragos, arrodillado al pie del monumento al que con reverencia honra, el nuevo Museo de la Acrópolis es como un gigantesco puzzle donde lo que ha quedado encaja meticulosamente en el vacío de lo que no está. Bien pensado, la cultura y la historia son en buena medida una reconstrucción similar.

Pedro Olalla

En el interior de un modesto prisma de cristal, se expone en la tercera planta del nuevo Museo de la Acrópolis un fragmento de mármol del que emerge en relieve el delicado pie de la diosa Ártemis. Bastaría esta fortuita esquirra desprendida del friso del Partenón –o tal vez la mano de la misma diosa recogiendo su túnica– para entender sin mucho esfuerzo la perfección y la grandeza de aquella obra maestra de los griegos si ningún otro resto hubiera sobrevivido al tiempo y la barbarie. El nuevo Museo de la Acrópolis ofrece mucho más. Miles de piezas únicas sobrevivientes a los persas, a los hérulos, a los godos, al fanatismo cristiano, a la pólvora turca, a los cañones venecianos y a la “codicia culta” de los británicos.

El nuevo museo –obra dirigida por los arquitectos Tschumi y Fotiadis y por el arqueólogo Pantermalis– es, como cabría esperar, una construcción que ha suscitado la polémica. No obstante, es también un espacio concebido de principio a fin en función de la Acrópolis, un continente generado por completo a partir de su excepcional contenido.

Esta inmensa estructura de vidrio y hormigón armado “flota” sobre los restos recién descubiertos del barrio sur de la antigua ciudad: calles, cisternas, pozos, muros, conductos y mosaicos que el nuevo edificio ha sacado a la luz y que ahora protege bajo su suelo ofreciendo al visitante un insólito recorrido entre vestigios superpuestos de esta milenaria ciudad.

El interior del museo contiene virtualmente el Partenón. Sus sólidas columnas de hormigón –sin la *éntasis* ni el pálpito de las del monumento dórico– remiten, evitando el servilismo, a las del templo de Atenea en la Acrópolis. En realidad, el edificio entero es como un extraño dibujo a carbón hecho a tamaño natural del templo, un boceto moderno por el que el visitante se desplaza consciente de las proporciones del antiguo santuario de la diosa. Los suelos de cristal y los balcones abiertos al vacío contribuyen con acierto a esta curiosa percepción.

Al empezar el recorrido, una gran rampa de cristal evoca la otra rampa por las que los antiguos atenienses subían a la Acrópolis en procesión. Restos de un pequeño sacrificio incruento, enterrados bajo el cristal del suelo, repiten simbólicamente el ritual con que se propiciaba en otros tiempos la construcción de un nuevo hogar. A ambos lados de esta entrada empinada, las paredes oscuras cubiertas de oquedades remiten a los senos de la Roca Sagrada donde los ciudadanos depositaban sus exvotos y ofrendas. Vemos, en este espacio, restos de los santuarios de Asclepio y de Dioniso, construidos a los pies de la Acrópolis.

La planta primera es una inmensa plaza luminosa y diáfana, donde las estatuas de los jóvenes del período arcaico parecen deambular con su enigmática sonrisa entre los visitantes. El nuevo museo ha devuelto estas efigies a la disposición natural que tuvieron un día arriba en la Acrópolis, sacando la cabeza por encima de la

muchedumbre, recortadas contra la transparencia del cielo del Ática. Estas maravillosas esculturas, que los atenienses enterraron como si fueran cuerpos y no estatuas cuando vieron acercarse a los persas, han recuperado en este nuevo espacio su inquietante movimiento y su carácter tridimensional.

Una serie de maquetas repartidas por distintos rincones nos recuerda el paso de la historia sobre la roca de la Acrópolis: los tiempos de Cécrope, el *Hecatómpeos* de Pisístrato, el Partenón arcaico, el destello deslumbrante de Pericles, la llegada de Alejandro y de Adriano, el triunfo de la fe cristiana, la Atenas de los cruzados y de los mercenarios, la llegada del islam, los “libertadores” venecianos... No sólo el Partenón, sino todos los templos y santuarios que adornaron la Acrópolis antigua, tienen su representación en esta enorme planta del museo: el santuario de Ártemis Brauronia, el Erecteion, el templo de Atenea Nike, los Propileos... También están las Cariátides auténticas, asomadas ahora a otro balcón distinto, mostrando por vez primera la maestría oculta en su peinado y guardando respetuosas el espacio vacío de su hermana raptada por Lord Elgin.

Subiendo hacia la planta alta, las escaleras mecánicas atraviesan el espacio de la cafetería, que invita a prolongar la estancia en el museo con excelentes vistas a la Acrópolis. Al llegar arriba, estamos ya a la altura del friso del Partenón real, y el suelo de cristal nos lo recuerda si miramos abajo. La sala en que nos encontramos tiene las dimensiones de la *cella* del templo de Atenea. A derecha y a izquierda, dos maquetas de perfil triangular conjeturan sobre las numerosas figuras que en su día decoraban los tímpanos del templo de la diosa: al este, la escena del alumbramiento de Atenea y, al oeste, la disputa de ésta con Poseidón por el patronazgo de la ciudad de Atenas. Los fragmentos que quedan de estas estatuas colosales de los dioses se

exponen en la luminosa galería que rodea la sala, orientados en paralelo a su emplazamiento original allá en la roca, que se alza majestuosa detrás de las paredes de cristal.

Esta proximidad al monumento, este contacto visual con el santuario cuya discreta réplica virtual recorreremos ahora, es uno de los mayores logros del nuevo museo. Al tiempo que vemos la Acrópolis casi al alcance de la mano, caminamos por una galería que ciñe este “segundo Partenón” a la altura del friso y nos permite contemplar los detalles de la decoración original desde una perspectiva y una proximidad nuevas en la historia. Probablemente, sólo quienes labraron estas piezas hace dos mil quinientos años y quienes las bajaron con violencia de su emplazamiento en épocas oscuras tuvieron una perspectiva similar a la que tiene hoy el visitante, que, con admiración, descubre desde cerca los detalles más mínimos del gigantesco friso donde se representa en procesión al pueblo de los atenienses o los de las decenas de metopas donde quedaron esculpidas las batallas míticas de los héroes y los dioses.

Vemos, por ejemplo, los combates cuerpo a cuerpo con los centauros y las amazonas. Nos detenemos en los jóvenes jinetes que refrenan el ímpetu de sus cabalgaduras para guardar el paso ceremonioso de la procesión de las Panateneas. Aparecen, como blancos espectros de yeso, las efigies ausentes en las salas del British o del Louvre. Así, mezclando ausencias y presencias, contemplamos por vez primera el conjunto de cuanto ha sobrevivido de la legendarias esculturas de la Acrópolis. Entretanto, al otro lado de los inmensos ventanales, pasan las nubes sobre las crestas del Himeto y del Parnes, y las viejas colinas de Licabeto, de las Musas y de las Ninfas, se aprecian ahora nítidas y cercanas desde este osado promontorio de cristal, desde esta nueva colina de Atenas.